



MARY JO PUTNEY

É R A S E
U N A V E Z
U N
C A N A L L A

Descendiente de una exitosa dinastía naval, Gabriel Hawkins nació para surcar los mares... hasta que fue expulsado de la Marina Real y rechazado por su familia. Como capitán de su propio barco, Gabriel se gana la vida con actividades tanto legales como ilegales, y su experiencia le convierte en la mejor opción cuando se trata de rescatar a una bella aristócrata que ha sido capturada por piratas.

Tras haber evitado las trampas del convencionalismo y el matrimonio, a *lady* Aurora Lawrence le horroriza la perspectiva de pasar su vida como esclava de un harén. Su única esperanza de escapar reside en un capitán tranquilo y con temperamento de acero que haría cualquier cosa por liberarla. Juntos emprenden una peligrosa misión en aguas turbulentas, pero se encuentran con otro tipo de peligro cuando la atracción se apodera de ellos en los estrechos confines de la nave. Pero incluso si consiguen resistir a los peligros del mar y las tierras enemigas, ¿podrá su amor sobrevivir al regreso a Inglaterra, donde la distancia entre un capitán deshonorado y la hija de un conde puede ser más grande que el propio océano?

Índice de contenido

Érase una vez un canalla

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Nota de la autora

Sobre la autora

*Para mi siempre paciente y maravilloso
«desquiciado asesor»:
¡Abrazos para ti y para los gatos!*

*Y al Espía Real, que ciertamente es un Gato
Real.*

Prólogo

Gabriel Hawkins Vance estaba de pie frente a la inmensa puerta mientras intentaba controlar los temblores. Se había alistado en la Marina Real con doce años y no era el más joven de su grupo de guardiamarinas. Durante los seis años siguientes, se enfrentó a balas de cañón y a enfermedades letales, ayudó a controlar un motín y, a los dieciséis, comandó un barco francés apresado que debía llegar a Portsmouth.

Aunque nada lo había aterrado tanto como tener que enfrentarse al hombre que estaba al otro lado de aquella puerta.

Respiró hondo mientras aceptaba su destino. Llamó un par de veces a la puerta antes de entrar en el gabinete de su abuelo. El almirante Vance estaba sentado detrás de su mesa con el ceño fruncido, pero se puso de pie en cuanto vio a su nieto y frunció el ceño aún más.

—¡Eres una vergüenza para la familia! —exclamó sin detenerse en formalidades. Era alto, de pelo canoso, inflexible como un roble curtido—. ¡Los Vance han servido y han muerto por la Marina Real durante generaciones sin manchar nuestro honor hasta que tú llegaste!

—Lamento haberlo decepcionado, señor. —Gabriel intentó controlar un estremecimiento.

–Estabas haciéndolo bien, estaba orgulloso de ti. Y vas y lo tiras todo por la borda. –El anciano torció el gesto–. ¡Habría sido preferible que murieras en la batalla!

Gabriel pensó en los cuerpos de sus compañeros muertos, hechos pedazos por las balas de cañón francesas. Esa sería, normalmente, una manera rápida de morir y habría complacido al viejo almirante, pero él no había llegado al punto de desear estar muerto.

–Lamento haberlo desobedecido –replicó mientras intentaba mantener la voz firme–. Pero es consciente de las circunstancias que llevaron a mi destitución.

–Esas circunstancias, tu juventud más el apellido de la familia, te salvaron de un consejo de guerra y de acabar en la horca –le soltó su abuelo–. Aunque te lo merecías.

–Haría lo mismo otra vez si me encontrara en las mismas circunstancias –confesó Gabriel, que sintió una repentina necesidad de sincerarse.

–¡Canalla impertinente! ¡Fuera de mi vista! –gritó su abuelo–. ¡Y no vuelvas a menos que hayas restablecido el honor de tu apellido!

–Como desee, señor –respondió con fría formalidad. Las palabras eran como hielo en sus venas. Se despidió con un saludo militar perfecto y se dio media vuelta para salir de la estancia, con la certeza de que no volvería a ver al anciano... Jamás.

–¡Ay, cariño mío! –Su abuela le salió al paso mientras se dirigía a ciegas hacia la puerta principal–. ¿Tan desagradable ha sido? –Lo estrechó con calidez entre sus brazos como si se tratara de un niño y no de un muchacho que le sacaba cabeza y media.

–No quiere volver a verme en la vida. –Gabriel abrazó a su abuela mientras reprimía sus vergonzosos deseos de llorar–. No a menos que haya restablecido el honor de mi apellido, algo que no sucederá nunca porque para él el honor está ligado a la Marina Real. Ahora que me han licenciado, eso no pasará. Será imposible.

—¡Oh, Gabriel, cariño! —Lo soltó mientras lo miraba con expresión triste—. Es duro contigo porque se preocupa demasiado por ti.

¿De verdad se preocupaba su abuelo por él o más bien lo veía como un medio para continuar la tradición familiar en vez de verlo como a una persona en sí misma? Llegó a la conclusión de que sabía la respuesta.

—No va a echarme de menos, tiene otros nietos.

—Sí, pero tú siempre has sido su preferido —repuso con ternura—. Que conste que creo que hiciste lo correcto y estoy orgullosa de ti.

—Gracias. —La besó en la mejilla. Sus palabras lo ayudaron un poco.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No estoy seguro —contestó, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el reciente enfrentamiento con su abuelo—. Supongo que encontraré un puesto en un barco mercante.

—¿Habrías elegido la armada de pequeño de haber tenido elección? —le preguntó su abuela con mirada perspicaz. Sus palabras habían dado justo en el clavo.

—No lo sé. —Pensó en el mar y en su temperamento: hermoso y aterrador, emocionante y aburrido—. Tal vez no —agregó con honestidad—. Pero es el único oficio que conozco. —Y en ese momento el mar le proporcionaría consuelo.

—Elijas el camino que elijas, recórrelo bien —dijo su abuela con firmeza—. ¡Y, por favor, escribe! Puedes enviar las cartas a la tía Jane.

—Lo haré —le prometió, incapaz de soportar la idea de perder a la única persona de cuyo amor nunca había dudado—. Y me cambiaré de nombre para que el abuelo no se avergüence por mi culpa.

—Usa Hawkins —dijo con sorna—. Es tu segundo nombre y Jack Hawkins fue uno de los marinos más heroicos de In-

glaterra. –Su abuela siempre había compartido su sentido del humor.

–Me apropiaré de ese nombre. De ahora en adelante, seré Gabriel Hawkins. –Le dio un último abrazo y salió por la puerta, hacia un futuro que aún no podía imaginarse.

1

Londres, otoño de 1814

Lord y lady Lawrence estaban disfrutando de una tarde placentera en su biblioteca cuando llegó la carta. El mayordomo en persona se la entregó al conde. Sylvia Lawrence levantó la vista y vio que la misiva estaba envuelta en una tela manchada de aceite y supo que debía de haber recorrido una gran distancia.

–¿Es una carta de Rory? –preguntó con entusiasmo—. ¡Hace tanto que no tenemos noticias de ella! ¿Volverá a casa?

Su marido abrió la carta y la leyó con el ceño fruncido. Luego soltó una blasfemia tan malsonante que ninguna otra persona se habría atrevido a pronunciarla.

–¡Tu hija, lady Aurora Octavia Lawrence, la ha hecho buena esta vez!

–También es hija tuya –le recordó Sylvia mientras comenzaba a preocuparse—. ¿Qué ha ocurrido?

–La carta viene del consulado británico en Argel –masculló el conde—. ¡Unos piratas berberiscos han secuestrado a tu dichosa hija y ahora exigen un rescate desorbitado para liberarla!

–¿Cómo es posible? –gritó Sylvia mientras su buen humor se convertía en horror—. Creía que los piratas berberiscos habían abandonado su actividad después de su derrota a manos de los estadounidenses y de la firma del tratado.

—Los piratas de Berbería no son muy de cumplir tratados —dijo su marido con amargura—. El cónsul dice que no está herida, pero está retenida en un harén y pronto la venderán como esclava a menos que paguemos su rescate de ¡cincuenta mil libras! —Alzó la voz—. ¡Cincuenta mil libras! —Tiró la carta en la mesa e hizo que la elegante pluma de ganso saliera volando—. Muy bien, ¡pues que se la queden! No les pagaré un solo penique a esos malnacidos para recuperarla.

—Geoffrey, ¡no puedes estar hablando en serio! —exclamó Sylvia—. ¡Es nuestra hija pequeña! Rory era la alegría de tu vida.

—Hasta que creció y desde entonces solo nos ha dado problemas. —Miró a Sylvia con el gesto torcido—. No podremos casarla como Dios manda y se ha gastado la herencia de su tío abuelo en sus viajes. Es una descarada muy lista. Que se las apañe sola. Ya me ha costado bastante.

—¡Es nuestra hija!

—¿Crees que no lo sé? —Su ira inicial lo estaba abandonando y el dolor asomaba a sus ojos—. Tal vez sea conde, pero no me puedo permitir semejante suma. Me llevó varios años saldar las deudas que mi padre me dejó. Ya sabes la cantidad de préstamos hipotecarios que hemos tenido que pedir para mantener a los ocho hijos que has tenido.

—Tú también pusiste de tu parte con esos ocho —señaló con sequedad—. Hemos sido bendecidos con ocho hijos saludables, encantadores e inteligentes. ¿A cuál de ellos quieres abandonar?

—A ninguno —respondió él con un suspiro—. Pero haberles proporcionado los futuros que merecían han agotado las reservas familiares. Simplemente no hay dinero disponible para pagar ese descomunal rescate. Ni siquiera para Rory.

–Pero ¡será una esclava en Berbería, Geoffrey! –Sylvia se mordió el labio porque sabía lo difícil que había sido reunir el dinero para ayudar a que sus hijos mayores se establecieran en sus nuevas vidas–. No es una travesura, ¡es un desastre! ¡Piensa en los horrores que tendrá que pasar!

–Es lo bastante guapa como para evitar las peores atrocidades –dijo con los labios apretados–. Es probable que acabe como la favorita del dey de Argel. Lo siento, Sylvia, Rory se lo ha buscado. –Se le quebró la voz, demostrando así lo que le dolía–. Y ahora tendrá que aguantar al hombre que esté dispuesto a pagar por ella.

La condesa se estremeció. Su marido había decidido que el rescate era imposible de pagar y que no movería un dedo para ayudar a su hija Rory. Cerró los ojos mientras las terribles imágenes de lo que podría sucederle a su hija pequeña le pasaban por la cabeza. Quería muchísimo a todos sus hijos, pero Rory fue un bebé precioso y feliz. Por ese motivo Sylvia le puso Aurora, porque le recordaba a un amanecer.

Aurora pronto se transformó en el diminutivo Rory, mientras su hija crecía entre risas y travesuras. Sí, a veces se metía en problemas, pero se debía a su apetito por la vida. No había maldad en ella.

Sylvia conocía bien a su marido. Una vez que Geoffrey había analizado la situación y había decidido que no había nada que hacer, le cerraría la puerta a Rory y se concentraría en los problemas más cercanos a su hogar que sí podía solucionar. Enterraría el destino de su hija tan profundamente que no sentiría el dolor, excepto en sus pesadillas.

Aunque eso no quería decir que ella tuviera que hacer lo mismo. Le habían llegado rumores de un hombre capaz de lidiar con situaciones peligrosas. Un aristócrata relacionado con todo tipo de personas al que visitaría por la mañana. Quizá, ¡por favor, Señor!, conociera a alguien capaz de traer a su hija de vuelta a casa.

Goleta Céfiro, Pool of London, río Támesis, Inglaterra

Cuando era niño, Gabriel había soñado con ser el audaz capitán de un velero. Un corsario como Drake y el legendario *sir* Jack Hawkins, su homónimo. Sus sueños no incluían las largas y aburridas semanas en el mar ni las galletas con gorgojos del barco ni el pan ácimo duro como las piedras.

Ni los libros de cuentas. Los suyos eran sencillos porque era el dueño y también el capitán, pero debía de hacer algunas cuentas para que la *Céfiro* pudiera funcionar de manera adecuada. Por suerte, su última misión a Estados Unidos para rescatar a la viuda inglesa abandonada había sido muy rentable gracias a la generosidad de la familia de la mujer. Como extra, incluso había evitado acabar hecho pedazos por los barcos de guerra de la Marina Real que pululaban por la bahía de Chesapeake.

Le alegró dejar su libro de cuentas cuando Landers, el primero de a bordo, un estadounidense pelirrojo, llamó en la jamba de la puerta abierta y entró en su camarote.

—Buenos días, capitán. Terminaremos el aprovisionamiento mañana o pasado mañana. —Le entregó una lista—. Estos son los suministros que estamos esperando.

Gabriel ojeó la lista y asintió con la cabeza.

—Aunque tardáramos más tiempo, vale la pena esperar hasta que lleguen las velas de Halford. No se debe escatimar en buenas velas.

Mientras le devolvía la lista, Landers le preguntó:

—¿Cuál es nuestro siguiente destino?

—Excelente pregunta. —Gabriel se acomodó en la silla que estaba asegurada al sólido suelo de roble y, distraído, rascó la cabeza del gato blanco y gris del barco que estaba dormido sobre su mesa—. No estoy seguro. Con Napoleón en el exilio y los británicos y estadounidenses en ne-

gociaciones de paz, no hay muchos bloqueos para burlar. Habrá que transportar carga regular; algo más seguro, pero mucho menos rentable.

—Me estoy haciendo viejo —replicó Landers con un suspiro, a sus veintiséis años—. Hemos esquivado tantas balas de cañón que algo seguro empieza a parecerme agradable.

—Aun sin balas de cañón, el mar podría matarnos tan rápido como lo desee —le recordó Gabriel con sequedad. Puesto que ya pasaba de los treinta, había visto bastantes peligros como para estar de acuerdo con su compañero, pero un hombre debía hacer algo para mantenerse ocupado y, en su caso, tenía mucha experiencia con el mar—. Estoy pensando en entrar en el negocio del té chino.

—La velocidad de la Céfiro sería una ventaja, pero los viajes son muy largos. —Landers titubeó antes de añadir—: Si es así, no cuente conmigo. Mi padre está en plena construcción de un barco mercante de cabotaje que estará listo en la primavera. Llevo un tiempo pensando que es hora de regresar a casa, a Maryland, y encontrar una esposa antes de que todas las muchachas guapas se casen con otro.

—Lo echaré de menos —dijo Gabriel con genuino pesar—. Pero el comercio de China no es compatible con un hombre que quiera un hogar y una familia. Es hora de que tenga su propio barco.

Landers le preguntó con la felicidad propia de un romántico empedernido:

—¿Ha pensado en sentar la cabeza y casarse con una muchacha guapa?

Gabriel enarcó las cejas.

—No sabría en qué lado del Atlántico establecerme y, dada la naturaleza de mi negocio, veo a pocas mujeres guapas, así que la respuesta es no.

—Si se estableciera en Saint Michaels, le garantizo que no hay escasez de mujeres atractivas interesadas en conocerlo más a fondo —añadió Landers con una sonrisa.